

La exploración de Centroamérica en el siglo XVIII. Expediciones por la costa Mosquitia

The exploration of Central America in the XVIII century. Expeditions by the Mosquitia coast

M^a LUISA MARTÍNEZ DE SALINAS ALONSO

Universidad de Valladolid, Filosofía y Letras. Plaza del Campus, s/n, 47011, Valladolid.

salinas@fyl.uva.es

ORCID <https://orcid.org/0000-0001-7747-8529>

Cómo citar: MARTÍNEZ DE SALINAS ALONSO, M^a Luisa, “La exploración de Centroamérica en el siglo XVIII. Expediciones por la costa Mosquitia”, en *Investigaciones Históricas, época moderna y contemporánea*, Extraordinario I (2021), pp. 377-396.

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.0.2021.377-396>

Resumen: Tomando como referencia diversos textos que recogen el resultado de algunas de las más importantes expediciones que se llevaron a cabo en la segunda mitad del siglo XVIII por la Costa Mosquitia, que en ese momento era una de las zonas centroamericanas de mayor importancia estratégica para la Corona española, el presente trabajo analiza las particulares circunstancias por las que atravesaba el territorio y el interés de la Monarquía hispana por conocerlo y poner en marcha planes de colonización adecuados para asegurar la soberanía, en un ámbito que había estado controlado por los británicos durante mucho tiempo.

Palabras clave: Centroamérica; Mosquitia; Colonización; Expediciones; Borbones.

Abstract: Taking as a reference various texts that collect the results of some of the most important expeditions that were carried out in the second half of the 18th century along the Mosquito Coast, which at that time was one of the Central American areas of greatest strategic importance for the Crown Spanish, the present work analyzes the particular circumstances that the territory was going through and the interest of the Hispanic Monarchy to know it and to implement adequate colonization plans to ensure sovereignty, in an area that had been controlled by the British for a long time.

Keywords: Central America; Mosquitia; Colonization; Expeditions; Bourbons.

Como muestra el volumen de documentación que al respecto podemos consultar en Archivos, Bibliotecas y en otros muchos repositorios, resulta indudable el interés que siempre tuvo la Corona española por conocer de la forma más detallada posible la geografía americana y las particulares circunstancias de cada territorio indiano, ya que, solo sobre la base de una

información directa y veraz, podrían plantearse en las posesiones ultramarinas objetivos políticos, económicos, diplomáticos o de cualquier otro tipo y solventar las dificultades que en torno a ello pudieran surgir. Ya desde el siglo XVI resultó evidente la necesidad de obtener una visión real de las características de los dominios del otro lado del Atlántico, y son múltiples las descripciones de descubridores y viajeros que así lo reflejan. Sus textos permitieron que en la Corte se tuviera un horizonte más amplio y profundo del mundo americano.

No obstante, si bien el objetivo de conocer la realidad de las posesiones ultramarinas se mantuvo a lo largo de toda la época Moderna y se hizo extensivo a la práctica totalidad del área de influencia española en América, lógicamente, las exigencias en este sentido se intensificaban y adquirían mayor relevancia en momentos puntuales y en zonas en las que, debido circunstancias diversas, pudieran plantearse problemas de confrontación con otras naciones, que incluso en ocasiones amenazaron con la pérdida de la soberanía. La complejidad que adquirió la política internacional en el siglo XVIII determinó que esa situación se diera con más frecuencia por entonces y fundamentalmente en territorios alejados de los principales núcleos de la colonización, en los que se había extendido el dominio extranjero dificultando tanto la defensa como la explotación de dichos ámbitos por parte de España.

En este sentido, resulta indudable que Centroamérica constituyó siempre un espacio de gran relevancia estratégica derivada tanto de su situación geográfica en el centro del continente americano, que lo convertía en zona de confluencia de las rutas marítimas hacia el Nuevo Mundo y de los territorios de otras naciones establecidas en el Caribe, como por sus particularidades poblacionales y culturales, además de por sus riquezas naturales, pero sobre todo por el atractivo que siempre presentó para las naciones rivales de la Corona Española¹, que llegaron a disputarle la soberanía y obligaron a las autoridades locales y metropolitanas a reforzar la vigilancia, la defensa y las necesidades de comunicación de tan extenso territorio².

Gracias al aporte documental que se emitió al efecto y a los relatos y descripciones de todo tipo que se han recogido en algunas de las más

¹ CLARO DELGADO, Manuel, *Ejército y sociedad en Centroamérica en el siglo XVIII*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2010, p. 27.

² SOLÓRZANO FONSECA, Juan Carlos, “Los años finales de la dominación española (1750-1821)”, en PÉREZ BRIGNOLI, H. (ed.), *Historia General de Centroamérica*, Madrid, Siruela, 1993, III, pp. 13-71.

importantes recopilaciones³, podemos conocer, incluso con detalle, las características de la zona, las dificultades por las que atravesaba en el siglo XVIII y los ámbitos de mayor preocupación para la Corona española, bien fuera por la falta de información veraz sobre la propia geografía y la localización de los enclaves más adecuados para el asentamiento o por la imposibilidad de lograr vínculos estables con la población aborígen que ayudaran a extender la colonización, pero sobre todo por el afianzamiento de los asentamientos extranjeros, fundamentalmente británicos, cuya presencia, además de provocar un serio conflicto entre ambas coronas, impedía la consolidación del dominio español. De hecho, los ingleses habían sido capaces de establecer con los naturales unas relaciones mucho más estrechas y beneficiosas que los propios españoles.

En este contexto, desde mediados del siglo XVIII la Mosquitia se convirtió en uno de los territorios centroamericanos que mayor atención requirió de la monarquía hispana. La región se extendía por gran parte de la costa atlántica del istmo y constituía un ámbito de gran diversidad cultural y compleja organización que estaba habitado sobre todo por indios y zambos misquitos⁴ -descendientes de mezclas de blancos, indios y negros-, cuya tradicional alianza con los británicos había exigido a España un notable esfuerzo defensivo, diplomático e incluso poblador para tratar de reducir la presencia extranjera en la zona.

³ CUERVO, Antonio B., *Colección de Documentos Inéditos sobre la Geografía y la Historia de Colombia*, Bogotá, Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos, 1891; y *Relaciones Históricas y Geográficas de América Central*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1908.

⁴ GARCÍA, Claudia, “Ambivalencia de las representaciones coloniales: líderes indios y zambos de la costa de Mosquitos a fines del siglo XVIII”, *Revista de Indias*, LXVII, nº 241 (2007), pp. 673-694.



Costa Mosquitia

Finalmente, tras múltiples negociaciones, en 1786 se firmó la Convención por la que España recuperaba la zona y poco después los británicos iniciaron el desalojo de la Mosquitia. Realmente, hasta entonces había sido escasa la presencia hispana en dicho territorio, pero ello no había impedido, sin embargo, que los Borbones mantuvieran siempre un evidente interés por conocerlo y por proyectar posibles planes de recuperación sobre la base de la realidad a la que permitiera acceder el extenso control inglés.

A esa necesidad de obtener información directa respondió el envío de diversas expediciones que, incluso antes de que se iniciaran las negociaciones más serias entre las dos naciones, fueron recorriendo la costa centroamericana y obteniendo datos de diverso carácter que resultarían trascendentales para configurar fórmulas que facilitarían el control español cuando se ocupara la zona y, sobre todo, para conseguir asegurar definitivamente la soberanía hispana, máxime cuando la fortaleza de los vínculos que los ingleses habían sido capaces de establecer con su población auguraba una evidente resistencia al cambio. Así lo señalaba en 1757 el Teniente Coronel Nicolás Palazuelo, quien, tras realizar un minucioso

recorrido por la costa atlántica objeto de litigio, que permitió obtener una información geográfica muy detallada de la misma y también proporcionó abundantes noticias sobre la situación interna y el arraigo que ya entonces habían logrado los extranjeros, indicaba en referencia a los misquitos:

*“Los Yndios han adquirido muchas ideas del continuo trato con los Yngleses. Pero al paso que han adelantado en conocimientos, han adquirido los vicios. Sus inclinaciones no se hallan ni notablemente malas ni buenas. Los Yngleses conocen mucho estas costas y extraen las abundantes y preciosas producciones de maderas y carey”*⁵.

En la misma línea se puede considerar el contenido de la descripción resultante del viaje que llevó a cabo en 1771 por la Mosquitia Pedro Antonio de Velasco, en la que se confirmaba la intensidad de los vínculos de los británicos con los misquitos y se informaba del avance de sus planes para construir en Nicaragua un canal que conectara el Atlántico con el Pacífico⁶. Un poco más adelante, entre enero y mayo de 1777⁷, cuando ya se estaban concretando las negociaciones con Inglaterra para la evacuación del territorio, el capitán Javier de Vargas recorrió con dos balandras la costa entre el Cabo de Gracia a Dios y Portobelo con el objetivo de ampliar la información que se tenía hasta entonces sobre la zona y sus habitantes. La finalidad última era facilitar a España el acercamiento a los naturales e ir asegurando los planes de asentamiento tras la que se esperaba fuera inminente evacuación británica. Vargas pudo constatar la amplitud de las redes de contrabando, en las que también participaban los españoles, e informó sobre el volumen y calidad de las riquezas naturales, en cuya explotación España apenas intervenía, así como sobre las características geográficas, las distancias e incluso los lugares más adecuados para los futuros establecimientos⁸.

⁵ *Relación puntual de toda la Costa del Mar del Norte que corresponde desde Portovelo al puerto de Omoa, escrita por el Teniente Coronel Don Nicolás de Palazuelos*. CUERVO, *Colección de Documentos Inéditos*, op. cit., pp. 339-348.

⁶ *Costa de Mosquitos. Narrativa de Don Pedro Antonio Alejandro de Velasco*. CUERVO, op. cit., pp. 360-366.

⁷ *Reconocimiento de la Costa de Mosquitos y establecimientos ingleses en ella*. CUERVO, op. cit., pp. 430-444. En la portada del documento figura la fecha de 1857, pero al final del mismo aparece firmado por el autor el 10 de mayo de 1777. El contenido también parece confirmar su redacción ese año.

⁸ VIDAL ORTEGA, Antonino y ROMÁN ROMERO, Raúl, “De vasallos británicos a súbditos españoles. Los márgenes borrosos de los imperios en el Caribe occidental a finales del siglo XVIII y principios del XIX”, en *Temas Americanistas*, 40 (2018), pp. 161-187.

La mayor parte de los testimonios que se redactaron en la segunda mitad del siglo XVIII en relación con esta cuestión se deben fundamentalmente a la pluma de marinos e ingenieros españoles, cuya visión profesional y centrada en los objetivos que marcaban sus instrucciones nos presenta un cuadro realista y muy valioso de las zonas que recorrieron y que fueron capaces de analizar con profundidad.

Alguna de las descripciones más relevantes en este sentido son las que elaboró el ingeniero militar Antonio Porta y Costas tras los dos viajes de reconocimiento que llevó a cabo en la zona, el primero por la Costa de los Mosquitos en 1789 y el segundo por la costa atlántica de Guatemala en 1792, con el fin de obtener mayores datos para asegurar y facilitar la negociación con los indígenas.

Al parecer, Porta y Costas había llegado a Centroamérica en abril de 1788 como sustituto ingeniero militar D. José Ampudia Valdés en la tarea de levantar y organizar los establecimientos españoles en la costa Mosquitia⁹, tanto militares como civiles, que se estaban poniendo en pie para afianzar la presencia española y lograr articular un sistema defensivo capaz de asegurarla. Así, tras dirigir la fundación de una colonia estable en Cabo de Gracias a Dios, que estaría destinada seguramente a acoger a los miembros de las familias gallegas y asturianas que llegaron por entonces a Centroamérica para poblar el territorio¹⁰, en 1789 se le ordenó llevar a cabo una expedición de reconocimiento por toda la costa de los Mosquitos destinada a confirmar los datos geográficos de los que ya se disponía y a conseguir información sobre la situación real de la población indígena. Su resultado lo plasmó el ingeniero en un extenso documento titulado “*Relación del reconocimiento geométrico y político de la Costa de Mosquitos desde el establecimiento del Cabo de Gracias a Dios hasta el de Blufields...*”¹¹, que fue publicado ya en 1790 y se ha utilizado en numerosas ocasiones para ratificar aspectos diferentes de las características históricas de

⁹ CAPEL, Horacio, *Los ingenieros militares en España en el siglo XVIII. Repertorio biográfico e inventario de su labor científica y espacial*, Barcelona, Ediciones de la Universidad, 1983, p. 379.

¹⁰ MARTINEZ DE SALINAS, M^a Luisa, *La colonización de la costa centroamericana de la Mosquitia en el siglo XVIII. Familias canarias en el proyecto poblador*, Valladolid, Universidad de Valladolid y Cabildo de Gran Canaria, 2015, pp. 177- 196.

¹¹ Archivo General de Simancas (AGS), SGU, leg. 7249, 117. CUERVO, op. cit., I, cap. 12; y *Relaciones Históricas y Geográficas*, op. cit., pp. 259-286.

esa parte de Centroamérica¹². Además de incluir una minuciosa descripción del litoral fronterizo de Honduras y Nicaragua y noticias muy significativas sobre la situación del área en ese momento, las posibilidades de explotación y otros aspectos logísticos y estratégicos, la Relación se completaba con un mapa del recorrido que hasta la actualidad no se ha localizado, aunque se cita en algunos documentos¹³.

Menos conocido resulta el segundo de los textos que redactó Porta y Costa a la vuelta del otro viaje que se le encomendó realizar un poco más tarde por un ámbito centroamericano diferente y localizado algo más al norte. En concreto, se le encargó recorrer la provincia de Guatemala, que estaba experimentando un crecimiento notable a finales del siglo XVIII como consecuencia de la liberalización comercial y de las medidas de reforma económica implantadas por los borbones, que se consideraba imprescindible reforzar mediante el uso de nuevas vías de comunicación capaces de agilizar los intercambios entre las provincias centroamericanas y también con España para integrar circuitos cada vez más amplios que permitieran ligar economías aisladas hasta entonces¹⁴.

Con ese fin, en 1792 se dirigió hacia el Río Motagua para comprobar su posible uso como vía de tránsito entre la población de Nueva Guatemala de la Asunción, que era la capital del reino desde su fundación en 1776, y la costa caribeña. La utilización comercial del cauce del río, que atraviesa prácticamente toda la provincia pero cuyas características se desconocían en gran parte, podía resultar idónea para el desarrollo económico de aquel ámbito y para facilitar, así mismo, el poblamiento y la formación de nuevos núcleos de asentamiento que serían determinantes en la consolidación del crecimiento.

Las apreciaciones y conclusiones a las que llegó el ingeniero tras la realización de la expedición, las recogió en un texto algo más breve que el anterior pero también muy rico en noticias sobre la zona y que tituló “*Relación del reconocimiento que, de orden del Exmo. Señor Presidente, gobernador y Capitán general D. Bernardo Troncoso, practicó el ingeniero ordinario D. Antonio Porta en la costa comprendida desde Omoa hasta la*

¹² GARCÍA, op. cit., pp. 75 y 81 y SAGASTUME, Alejandro Salomón, “Historia de una frontera olvidada: establecimientos ingleses en Honduras”, en SOLANO, Francisco de y BERNABEU, Salvador (coords.), *Estudios (Nuevos y viejos) sobre la frontera. Anexo de la Revista de Indias*, 4 (1990), pp. 119-162, entre otros.

¹³ AGS, SGU, leg. 7249, 116.

¹⁴ PASTOR, Rodolfo, *Historia mínima de Centroamérica*. Madrid, Turner y El Colegio de México, 2013, p. 188.

punta de Manabique, y desde la barra del rio Motagua hasta donde se le une al de Chicozapote a 14 leguas de la ciudad de Guatemala”¹⁵. En él ofrece un panorama detallado del ámbito que transitó durante varias semanas con el fin de facilitar a las autoridades españolas los datos necesarios que permitieran confirmar la viabilidad de las rutas fluviales para el desarrollo del ámbito guatemalteco. Además, igual que en la ocasión anterior, lo completó con un minucioso mapa titulado *Plano ideal del Río Motagua, costa de Omoa, golfo y río de Honduras*¹⁶ en el que se sitúan todos los lugares a los que hace referencia en el escrito, pero que, por circunstancias que resulta imposible determinar, ha permanecido separado del texto casi hasta ahora y siempre se han considerado piezas distintas sin nexo entre ellas¹⁷.

En la Relación, Porta y Costas describe de manera minuciosa el recorrido realizado, que al mismo tiempo fue plasmando en el mapa, ofreciendo múltiples datos geográficos relativos a las distancias entre los diversos lugares que transitó, mediciones, profundidades o corrientes de todas las cuencas fluviales que iba encontrando. Señala también los obstáculos que pudieran afectar a la navegación y ofrece valoraciones sobre las ventajas y desventajas del posible nuevo camino a través del río, sin olvidar sus múltiples observaciones sobre las poblaciones y los territorios que atravesó, las comunidades que encontró y las posibilidades de explotación de la tierra, todo ello orientado a lograr el objetivo último de abrir una nueva vía fluvial por el río Motagua que pusiera en comunicación la capital con el Caribe.

Con el fin de obtener el máximo aprovechamiento del viaje, el ingeniero realizó la exploración en dos direcciones. Una por la costa, desde Omoa hasta la punta de Manabique y la desembocadura del río Dulce, y otra hacia el interior de Guatemala, subiendo por el río Motagua y sus afluentes casi hasta la capital. El recorrido se prolongó durante 43 días, del 4 de mayo al 15 de junio de 1792, la mayor parte de los cuales estuvieron dedicados a la observación y descripción del cauce del Motagua.

La expedición partió de la bahía de Omoa, en la costa de Honduras, donde, debido a la importancia estratégica de la zona y a la necesidad que siempre existió de proteger el comercio y de asegurar la defensa, se había

¹⁵ Archivo General de Indias (AGI), I. A. 37/33.

¹⁶ AGI, Mapas y Planos, Guatemala, leg. 270.

¹⁷ MARTÍNEZ DE SALINAS ALONSO, M^a Luisa, “Textos y mapas de la exploración del litoral centroamericano por Antonio Porta y Costas a finales del siglo XVIII”, en *América y el Mar*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2019, pp. 435-450.

levantado una de las mayores fortificaciones de Centroamérica, el fuerte de San Fernando. El emplazamiento se encontraba cerca de la desembocadura del Motagua y, en principio, sería el lugar en el que se pensaba centralizar todo el comercio que bajara por el río en caso de que finalmente se abriera la nueva ruta fluvial, por lo que resultaba imprescindible explorar el área con detenimiento para valorar las posibilidades reales que ofrecía.

Sin dejar de destacar la descripción del espacio natural y de la situación socioeconómica del territorio que recorrió en 1792, parece evidente que el centro de interés de Porta y Costas estuvo sobre todo en la exploración de los ríos, a los que siempre consideró instrumentos fundamentales para el desarrollo, y en la búsqueda de sistemas de conexión entre ellos para facilitar el tránsito de hombres y mercancías entre el interior y la costa de la Capitanía General de Guatemala. Ese objetivo le lleva a incluir en el documento descripciones detalladas de múltiples vías fluviales, evidentemente de muy distinto caudal e importancia, aunque realmente la mayor parte no pueden siquiera considerarse como tales sino más bien meros riachuelos, a los que en ocasiones concede un papel mucho más relevante del que seguramente tendrían en caso de que se pudiera haber hecho viable el proyecto. En concreto, identifica cincuenta y dos cuencas, grandes y pequeñas, que describe con precisión y sobre las que ofrece la situación exacta además de las oportunas mediciones, profundidades y corrientes, especificando su tamaño y las principales características del curso. Todos ellos le resultaban útiles para el fin que se pretendía, aunque una buena parte no figura entre los actuales ríos de la zona y no pasaban de ser meros arroyos, lagunas, derrames o brazos de corrientes más grandes sin posibilidades de conexión.

La segunda parte de la expedición arrancó en la desembocadura del Motagua, que siempre representó un obstáculo para la navegación y para el uso de su cauce como salida al mar, tanto por la poca profundidad del fondo como por la peligrosidad de la barra arenosa y el gran caudal y la fuerza de sus aguas en ese punto, donde se habían producido numerosos accidentes. Incluso con las condiciones más favorables de vientos y corrientes, el propio Porta estuvo a punto de naufragar y llegó a perder una de las canoas, con todos los víveres y el equipaje que transportaba, en el acceso al río por la desembocadura.

Superado el obstáculo de la desembocadura, la expedición inició la subida por el Motagua. A partir de ese momento la Relación de Porta y Costas resulta mucho más descriptiva y se convierte en un texto muy valioso para conocer con detalle las circunstancias en las que se desarrollaba la vida

en la zona, tanto en lo referente a la población como a las actividades económicas y al aprovechamiento de los recursos que ofrecían el propio río y la exuberante naturaleza que describe el ingeniero, lo que permite obtener un retrato bastante nítido de la forma de vida de las comunidades campesinas que habitaban aquel ámbito a finales del siglo XVIII. El recorrido concluyó un poco más adelante del pueblo de Acasaguastán, a pocas leguas de Guatemala, ya que la escasa profundidad del Motagua les impidió continuar.

Si bien la Relación de Porta y Costas constituye un documento muy revelador de la realidad de conoció, no se limita a la descripción física y humana de la zona, sino que sus observaciones le permiten presentar una serie de propuestas sobre las posibilidades que existían de utilizar mejor los recursos fluviales, lo que confiere al texto un valor mayor que el puramente geográfico. El conocimiento que fue adquiriendo sobre el área a lo largo del recorrido, le convenció de las múltiples ventajas que podrían derivarse de la apertura y utilización de la ruta del Motagua como vía de conexión entre el interior y la costa caribe, que solo presentaba pequeñas dificultades, –los bajos de algunas partes del río, el mal estado de ciertas infraestructuras o las corrientes– fácilmente subsanables con las debidas reparaciones. La seguridad que tenía sobre la utilidad del nuevo camino le lleva a proponer incluso los tipos de embarcación que podrían ser más adecuadas para transitar por él con cierta garantía y a realizar el cálculo del costo de su mantenimiento y las correspondientes tripulaciones, así como del monto que supondría limpiarlo de obstáculos y realizar obras para obtener más calado en los tramos en los que fuera necesario para posibilitar la navegación. Incluso el freno que representaba la barrera con la que se encontraban las embarcaciones en la desembocadura, propuso solucionarlo abriendo un nuevo camino por la playa que partiera un poco antes de la desembocadura y llegara hasta Omoa, lo que permitiría trasladar por tierra las mercancías en el tramo final hasta ese puerto o bien utilizar los pequeños ríos del área para el mismo fin. Una vez superado el inconveniente del tránsito por el último trecho del río, la apertura de la nueva ruta conllevaría múltiples ventajas para el comercio y el desarrollo general de la zona ya que el traslado de mercancías sería más rápido y en consecuencia también más barato, se evitarían las habituales demoras en la llegada de los productos, se ahorraría en los fletes y seguros, así como en los arrendamientos de las instalaciones del Convento de Santo Domingo, que se usaban como almacén en el cauce del río Dulce, y se reducirían los robos y fraudes. En definitiva, tal como lo planteaba Porta y Costa, se agilizarían las transacciones con un ahorro

general. Además, la salubridad y abundancia productiva de las márgenes del Motagua permitiría ampliar no sólo el volumen de las mercancías sino sobre todo la variedad de las mismas. Indudablemente, las nuevas perspectivas económicas incidirían en el desarrollo de la Capitanía General, que era en última instancia el objetivo final del plan que se le había encomendado.

Sin embargo, aunque la navegación por el Motagua tuviera claras ventajas que podrían haber logrado superar los inconvenientes, el proyecto no se puso en marcha y en ello seguramente tuvo mucho que ver la más llamativa de las propuestas que incluye Porta y Costas en su Relación por cuanto suponía un cambio logístico muy relevante en la estructura defensiva y comercial de la zona. En concreto, el ingeniero planteaba la construcción de un nuevo fuerte en la ensenada de Santo Tomás, al occidente de la boca del Río Motagua, donde se trasladarían las guarniciones y las funciones de las dos fortalezas más importantes de la zona: el castillo de San Fernando de Omoa y el de San Felipe del Golfo Dulce. La nueva instalación se convertiría en el enclave fundamental del área, tanto desde el punto de vista militar como desde el comercial, dado que, según propone, este cambio permitiría ahorrar tiempo, mano de obra y dinero en el transporte desde la costa caribeña hasta la Nueva Guatemala. Sin embargo, para las autoridades centroamericanas la sugerencia planteaba problemas logísticos, administrativos e incluso políticos, además de un serio esfuerzo económico y un cambio total en la organización de la defensa y la seguridad del comercio en la zona si se abandonaban las estructuras militares tradicionales, cuya función seguía siendo clave a pesar de las dificultades a las que se tenían que enfrentar derivadas sobre todo de la gran amplitud de la costa que debían proteger o las propias dificultades del terreno¹⁸. Por ello, parecía impensable plantear un cambio tan sustancial, de cuya eficacia además se dudaba.

En consecuencia, teniendo en cuenta los cambios tan profundos en la estructura de la Gobernación que implicaba el proyecto de comercio por el río Motagua y los gastos tan considerables que igualmente conllevaba, no resulta extraño que pareciera impensable su realización. A pesar de ello, la expedición de 1792, además de resaltar la personalidad de quien la dirigió, amplió el conocimiento de la zona centroamericana por la que transcurrió y logró la obtención de datos muy precisos sobre ella, que Porta reflejó de forma clara en su Relación y que sin duda, aunque no se utilizaran para la

¹⁸ CLARO DELGADO, op. cit., pp. 41 y 50.

conexión exterior, sirvieron para ampliar la navegación interior del Motagua y, en general, las conexiones en Guatemala.

Si bien la mayor parte de las descripciones de los viajes que se realizaron por esta parte de la geografía americana fueron publicadas a corto o medio plazo tras su redacción, algunos textos permanecen todavía en los archivos esperando que sea desvelada la información que contienen, como es el caso del Diario que redactaron Francisco Meani y Juan Sivelly con ocasión del viaje por la costa Mosquitia que en 1791 les encargó realizar el Gobernador y Capitán General de Guatemala.

La organización de la empresa respondió a las particulares circunstancias por las que atravesaba el territorio en ese momento, determinado por los enfrentamientos que se estaban produciendo entre los zambos que habitaban en él y los indios misquitos, que estaban dificultando la consolidación de la soberanía española y hacían peligrar la seguridad de los incipientes establecimientos hispanos. Resultaba prioritario, por tanto, lograr la pacificación de la zona pero previamente era necesario conocer con el máximo detalle posible la situación de las comunidades indias y las causas reales de los problemas que se estaban planteando¹⁹.

El desarrollo de la expedición de Meani y Sivelly por la costa Mosquitia, que se llevó a cabo entre el 15 de mayo y el 11 de septiembre de 1791, quedó recogido en un extenso documento que ellos mismos redactaron mientras la realizaban,²⁰ que supone un valioso testimonio de las circunstancias propias del ámbito que recorrieron, las relaciones que existían entre los diferentes grupos humanos, sus características y muchos aspectos de los efectos del proceso de la colonización y la necesaria adaptación que implicaba el cambio de soberanía, sobre todo teniendo en cuenta el arraigo que habían tenido los británicos en la zona hasta poco antes. Igualmente, el texto muestra el carácter marcadamente pacífico de la empresa, a lo que se

¹⁹ MARTÍNEZ DE SALINAS ALONSO, M^{ra} Luisa, “El reconocimiento de la Costa de los Mosquitos por Francisco Meani y Juan Sivelly en 1791”, en *América. Singularidad versus universalidad*, Castellón, Universidad Jaume I, 2020, pp. 195-219.

²⁰ AGS, Secretaría de Guerra, leg. 6950, exp. 25. *Diario que han llevado D. Francisco Meani, vecino de Río Tinto, y D. Juan Sivelly, subteniente del real Cuerpo de Artillería, en el viaje que en virtud de orden del Excmo. Sr. D. Bernardo Troncoso, Teniente General de los ejércitos, Gobernador y Capitán General de este reino de Guatemala y presidente de su Real Audiencia, han verificado desde el nominado Río Tinto al domicilio del jefe mosco Jorge y después al establecimiento de Blewfields, que dio principio en quince de mayo de mil setecientos noventa y uno*. En adelante Diario.

Un resumen bastante amplio del contenido con recomendaciones al respecto en AGS, Secretaría de Guerra, leg. 6950, exp. 3.

debió gran parte de su éxito, unido a la cautela con que siempre actuaron sus responsables que eran buenos conocedores del territorio que iban a recorrer y, a pesar de su origen extranjero, mostraron siempre una clara lealtad a la corona española.

Francisco Meani y Juan Sivelly llevaban varios años residiendo en el emplazamiento de Río Tinto y su trayectoria les presentaban como los hombres más adecuados para dirigir el proyecto. A quien menos se conoce es a Juan Sivelly ya que apenas existen datos sobre él. Al parecer era de origen italiano y es posible que antes de llegar a Centroamérica hubiera servido como oficial en la Florida²¹. En 1791 ejercía como subteniente de artillería en Río Tinto, donde adquirió la experiencia necesaria para que se le encargara realizar la expedición junto a Meani. Su participación en esta empresa y otras posteriores indica que era un buen conocedor de la zona, con habilidades para comprender los múltiples matices de los conflictos que allí existían. De hecho, las aptitudes que mostró en este sentido fueron siempre su principal aval ante sus superiores, como lo muestra el que, meses después del regreso, las autoridades centroamericanas confiaran otra vez en él para mediar en las disputas que se habían suscitado entre los grupos de zambos del entorno de Río Tinto.

Por su parte, Francisco Meani era un colono inglés que se dedicaba al comercio por la Mosquitia y que, tras la salida de los británicos y al igual que otros compatriotas, había llegado a un acuerdo con las autoridades para permanecer en el territorio y continuar con sus negocios a cambio de facilitar a la Corona española la ocupación y ayudar a estrechar las relaciones con los misquitos²², lo que le permitió ejercer un papel mediador que le presentaba como la persona idónea para dirigir la expedición.

Ambos realizaron un arriesgado viaje de reconocimiento por toda la costa Mosquitia, que lograron concluir no sin evidentes dificultades, tanto derivadas de la propia geografía como de las condiciones ambientales, que tampoco jugaron a favor, y, sobre todo, del clima de tensión e incluso de violencia que existía en los territorios que recorrieron. En el reino misquito convivían dos parcialidades de zambos que respetaban la autoridad del rey Jorge -George II, quinto monarca de los reyes misquitos- con otra que estaba

²¹ MAROTTI, Frank, *Heaven's Soldiers: Free People of Color and the Spanish Legacy in Antebellum Florida*. University of Alabama Press, 2103, p. 62.

²² GARCÍA, op. cit.

controlada por el gobernador indio Carlos Antonio de Castilla Bretot –o Briton–, cuya potestad siempre estuvo subordinada a la del Rey²³.

Las complejas circunstancias internas que determinaron la realización de la expedición eran consecuencia, por un lado, del malestar que existía entre los misquitos por el irregular y abusivo comercio que practicaban con ellos algunos europeos, que les obligaban a adquirir los productos a precios muy elevados y con frecuencia por vías ilegales. En concreto, el principal motivo de sus quejas era sobre todo la actitud del coronel inglés Robert Hodgson,²⁴ cuyos privilegios comerciales perjudicaban a gran parte de la población. Ello explica que, prácticamente desde que la expedición entró en contacto con las primeras comunidades indígenas en las lagunas más próximas a Río Tinto, comenzaran a recibir noticias referentes al abusivo control que el inglés ejercía sobre los intercambios, además de su conocida implicación en actividades vinculadas con el contrabando, que siempre fue una de las actividades más tradicionales y lucrativas de Centroamérica y que, aunque se intentaba restringirlo, no se interrumpió por el cambio de soberanía. La necesidad de abastecimiento de mercancías europeas frenaba con frecuencia los intentos de eliminarlo²⁵.

Por otro lado, tampoco eran cordiales las relaciones de los indígenas con los zambos, que rivalizaban por el control del reino y cuyas diferencias se habían agudizado por la diversa relación que ambos grupos mantenían con los europeos, los indígenas más vinculados con los españoles y los zambos siempre aliados de los británicos. Incluso se habían producido algunas revueltas que estaban contribuyendo a aumentar la inestabilidad en la zona. De ellas, la más preocupante fue la que encabezó un líder llamado Alparis, que había conseguido incluso terminar con la vida del gobernador indio Carlos Castillo Bretot.

La tensión interna y el continuo enfrentamiento planteaban muchas dificultades a las autoridades españolas, que aspiraban a lograr la pacificación pero desconocían las auténticas características de los grupos en conflicto y los medios que podían resultar más adecuados para aplacarlo. Ni siquiera se sabían con precisión los motivos de las revueltas ni las

²³ *Ibidem*.

²⁴ Hijo del coronel del mismo nombre que colaboró abiertamente con España para facilitar el cambio de soberanía. SÁNCHEZ PEDROTE, Enrique, “El Coronel Hodgson y la expedición a la Costa de los Mosquitos”, en *Anuario de Estudios Americanos*, XXIV (1967), pp. 1205-1235.

²⁵ POTTHAST-JUTKEIT, Bárbara, “Centroamérica y el contrabando por la costa de Mosquitos en el siglo XVIII”, *Mesoamérica*, 36 (1998), pp. 499-516.

consecuencias que estaba teniendo en la estructura de poder de los naturales, ni mucho menos se tenía conciencia de las fórmulas más adecuadas para frenarlo. Resultaba prioritario, por tanto, obtener toda la información posible al respecto, lo que motivó el envío de Meani y Sivelly hacia el corazón de la Mosquitia con todos los pertrechos necesarios para transitar por un espacio geográfico plagado de dificultades, físicas y humanas, y realizar un recorrido que se preveía prolongado. Soportando unas condiciones climáticas habitualmente adversas, la expedición se movió por la costa atlántica centroamericana, al norte y sur de la actual frontera entre Honduras y Nicaragua, desde el asentamiento de Río Tinto –Black River– hasta la laguna de Bluefields, recogiendo información sobre las circunstancias de la zona.

Tal como indican sus protagonistas en el Diario, la empresa partió de Río Tinto el 17 de mayo de 1791 organizada en dos grupos. Uno de ellos, con función eminentemente logística, estaba integrado por un artillero acompañado de un intérprete negro y siete indios misquitos y utilizarían dos canoas para recorrer la costa y las lagunas adyacentes transportando el equipaje y los víveres. El otro realizaría el viaje por tierra y estaba compuesto por los responsables de la empresa, Meani y Sivelly, junto con una pequeña escolta militar y algunos indígenas que se les fueron uniendo. Los dos grupos se encontraron varias veces en lugares del recorrido previamente acordados.

A pesar de que se adentraron en un territorio particularmente complejo, realmente no hallaron casi nunca rechazo entre las comunidades indígenas que visitaron, sino que, más bien al contrario, de forma habitual fueron acogidos de manera amistosa e incluso en ocasiones se les consideró instrumentos útiles para la solución de los problemas del reino. En ello sin duda tuvo mucho que ver la presencia de Meani en el grupo, ya que era conocido y respetado entre los indígenas por sus actividades comerciales y, sobre todo, fue decisiva la elección de los acompañantes indios, muchos de ellos muy relevantes en sus comunidades, que les facilitaron el acceso a los pueblos y jugaron un papel determinante para obtener información y para entender la complejidad de la situación y la diversidad de las posiciones que debían contemplar. Con su mediación lograron entrevistarse incluso con el rey Jorge en Sandi Bay, cerca del cabo de Gracias a Dios, quien les dará a conocer los hechos que derivaron en la muerte de Bretot y los enfrentamientos que desde tiempo atrás venían produciéndose entre las parcialidades indias, bien por rivalidades internas derivadas del deseo de control de los principales recursos de la zona –la pesca y el comercio del

carey, básicamente— o del poder político. Además, constataron la evidente resistencia que todavía se percibía a la aceptación del cambio de soberanía frente al arraigo que de forma solapada seguían manteniendo los británicos y los continuos reproches que se hacía a quienes habían asumido con menos reservas la autoridad de la Corona española.

Tras mes y medio de viaje, a lo largo del cual recibieron informaciones muy diversas, tanto procedentes de indígenas que pertenecían a los grupos inmersos en el conflicto, como de algunos españoles que encontraron en el recorrido e incluso británicos que todavía permanecían allí, Meany, Sivelly y sus acompañantes llegaron a las inmediaciones de la Laguna de las Perlas. En concreto, se aproximaron a las orillas del Río Grande donde se entrevistaron con Alparis para obtener información directa sobre los acontecimientos motivo del conflicto y la situación real de la zona.

La versión de los hechos que les ofreció el cabecilla y su insistencia en buscar la amistad con los expedicionarios, contrastaba con las noticias que recibían de otros testimonios que lo presentaban como causante de todos los problemas e instigador de las acciones que estaban enfrentando a los indios entre sí y con los españoles, y que lo hacían responsable del estado de violencia que se vivía en la costa. Igualmente, Meany y Sivelly fueron conscientes también del gran poder que Alparis tenía entre las comunidades de la zona y de la necesidad de evitar el enfrentamiento con él si querían mantener el inestable equilibrio existente.

Desde el pueblo de Alparis, la expedición continuó hacia la Laguna de las Perlas llegando al poblado donde residía su hermano Sulera, también protagonista de los hechos y quien les informó sobre diversos episodios en los que se había enfrentado con los españoles, según decía porque estos previamente le habían atacado. Además, justificó la muerte de Bretot por sus excesos y por el malestar que sus acciones ocasionaban entre la población, lo que mostraba a los españoles las ambiciones de poder que tenían los dos hermanos, «*que tienen revueltas todas las poblaciones indias*», como les indicó alguno de los habitantes de la zona. Aunque, por otro lado, también detectaron las desavenencias que existían entre ellos, debido sobre todo a la influencia que Alparis ejercía sobre Sulera, a pesar de que se esforzaba en distanciarse de él, tal como percibieron todos.

Tras el encuentro con los jefes indios, y siempre manteniendo la estructura inicial de dos partes, terrestre y marítima, la expedición prosiguió su viaje hacia el sur de la costa Mosquitia hasta alcanzar la laguna de Bluefields, que sería el límite del recorrido. Según se desprende del *Diario*, los españoles buscaban sobre todo conocer directamente la situación en la

que se encontraba la familia de Hodgson tras el ataque de Sulera a sus instalaciones y, por otro lado, comprobar las posibilidades que tenía la zona para la explotación económica y el asentamiento de colonos españoles, que se consideraba la fórmula definitiva para asegurar la soberanía hispana y la pacificación.

Con ese fin, los expedicionarios fueron recorriendo el perímetro de la laguna de Bluefields -en realidad una bahía- buscando los lugares que pudieran ser más adecuados para levantar establecimientos de españoles. Les sorprendió el atractivo que presentaba el territorio, tanto en cuanto al clima como a la fertilidad de sus campos e incluso comprobaron que se podrían utilizar algunos puertos naturales para realizar intercambios comerciales.

En realidad, Bluefields había sido uno de los puntos elegidos como destino de los colonos gallegos y asturianos que se trasladaron desde la península en 1787 con el objetivo de levantar una serie de poblaciones en los lugares más estratégicos de la costa Mosquitia y asegurar con su presencia la soberanía española. Sin embargo, los pobladores nunca llegaron allí²⁶, lo que no resulta extraño teniendo en cuenta las circunstancias tan complejas que existían y el riesgo que representaban los enfrentamientos internos, que evidentemente hacían peligrar cualquier asentamiento e hicieron desistir a las autoridades españolas de construir los establecimientos en ese punto. No obstante, buscando tal vez facilitar todavía el desplazamiento de aquellos grupos, de cuya llegada a Trujillo sin duda tuvieron noticias y podemos pensar que pudiera haber sido uno de los encargos que recibieron al proyectar el viaje, o tratando de movilizar a nuevos pobladores para que se asentaran en Bluefields, en 1791 todavía Meani y Sivelly informaban de las buenas condiciones naturales de aquella tierra para el poblamiento y el desarrollo económico, aunque las noticias que se incluyen el *Diario* sobre la situación general y otros aspectos no resultaban nada alentadoras para lograrlo.

Tras el reconocimiento de Bluefields, la expedición inició el retorno al punto de origen siguiendo en sentido inverso prácticamente la misma ruta que les había llevado hasta allí y manteniendo la estructura en dos grupos, uno por la costa y otro por el interior, que habían utilizado desde el principio. Tras largos meses de viaje, llegaron a Río Tinto el 11 de septiembre de 1791. Allí, dieron cuenta a las autoridades del resultado de su

²⁶ MARTÍNEZ DE SALINAS ALONSO, *La colonización*, op. cit., p. 134.

empresa y concluyeron la redacción del *Diario*, que fecharon en diciembre de ese mismo año.

En Río Tinto tuvieron noticia de que a principios de 1792, poco después de que concluyera la expedición, se había incrementado la rivalidad entre los zambos y los indígenas, abriéndose un prolongado periodo de luchas internas por el control del poder en la Mosquitia que repercutió directamente en los establecimientos hispanos. Ni siquiera consiguió frenar la violencia la negociación que trató de poner en marcha Juan Sivelly, a quien, como se señaló más arriba, el Capitán General envió a mediar aprovechando su conocimiento del territorio. Nada pudo impedir que la guerra se propagara por la zona, agudizada más si cabe con la participación en el conflicto de los esclavos negros que iban siendo liberados tras los ataques a los enclaves y estancias españolas, lo que facilitó también que se prolongará hasta traspasar los límites del siglo XVIII. En 1800 tuvo lugar el definitivo ataque de los zambos al emplazamiento español de Río Tinto, que obligó a toda la población, civil y militar, a abandonarlo, con la consiguiente pérdida de los bienes de todos los vecinos, incluido el propio Francisco Meani, quien, igual que el resto, hubo de trasladarse a Trujillo²⁷, contribuyendo a la paralización del proyecto colonizador.

En cualquier caso, la expedición que llevaron a cabo Meani y Sivelly poco antes, realmente cubrió con creces los objetivos que justificaron su organización, tanto en cuanto a la obtención de información como por haber facilitado posibles soluciones a los conflictos que encontraron. Sus descripciones permitieron que las autoridades de la zona adquirieran un conocimiento real de la situación y pudieran incluso proyectar las medidas que se creían más adecuadas para asegurar la soberanía española en el territorio. Además, la empresa evidencia la compleja realidad que existía en la zona y el inestable equilibrio en el que vivían todas las comunidades que lo ocupaban, lo cual aparece claramente no sólo en los textos citados sino que pudieron constatarlo también los integrantes de prácticamente todos los viajes de exploración que recorrieron la costa Mosquitia por entonces y hasta el final de la centuria²⁸, de los que aquí se recoge una pequeña parte.

²⁷ SAGASTUME, op. cit.

²⁸ La expedición que realizó el teniente José del Río en 1793 por las islas y la costa Mosquitia recoge igualmente múltiples datos al respecto. VIDAL ORTEGA y ROMÁN ROMERO, op. cit.; CUERVO, *Relaciones Históricas y Geográficas*, op. cit., p. 357.

BIBLIOGRAFÍA

- CAPEL, Horacio, *Los ingenieros militares en España en el siglo XVIII. Repertorio biográfico e inventario de su labor científica y espacial*, Barcelona, Ediciones de la Universidad, 1983.
- CLARO DELGADO, Manuel, *Ejército y sociedad en Centroamérica en el siglo XVIII*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2010.
- CUERVO, Antonio B., *Colección de Documentos Inéditos sobre la Geografía y la Historia de Colombia*, Bogotá, Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos, 1891.
- GARCÍA, Claudia, “Ambivalencia de las representaciones coloniales: líderes indios y zambos de la costa de Mosquitos a fines del siglo XVIII”, en *Revista de Indias*, LXVII, nº 241 (2007), pp. 673-694.
- MAROTTI, Frank, *Heaven’s Soldiers: Free People of Color and the Spanish Legacy in Antebellum Florida*, University of Alabama Press, 2103.
- MARTÍNEZ DE SALINAS ALONSO, M^a Luisa, “El reconocimiento de la Costa de los Mosquitos por Francisco Meani y Juan Sivelly en 1791”, en *América. Singularidad versus universalidad*, Castellón, Universidad Jaume, 2020, I, pp. 195-219.
- MARTÍNEZ DE SALINAS ALONSO, M^a Luisa, “Textos y mapas de la exploración del litoral centroamericano por Antonio Porta y Costas a finales del siglo XVIII”, en *América y el Mar*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2019, pp. 435-450.
- MARTÍNEZ DE SALINAS, M^a Luisa, *La colonización de la costa centroamericana de la Mosquitia en el siglo XVIII. Familias canarias en el proyecto poblador*, Valladolid. Universidad de Valladolid y Cabildo de Gran Canaria, 2015.
- PASTOR, Rodolfo, *Historia mínima de Centroamérica*. Madrid, Turner y El Colegio de México, 2013.

POTTHAST–JUTKEIT, Bárbara, “Centroamérica y el contrabando por la costa de Mosquitos en el siglo XVIII”, en *Mesoamérica*, 36 (1998), pp. 499-516.

Relaciones Históricas y Geográficas de América Central, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1908.

SAGASTUME, Alejandro Salomón, “Historia de una frontera olvidada: establecimientos ingleses en Honduras”, en SOLANO, Francisco de y BERNABEU, Salvador (coords.), *Estudios (Nuevos y viejos) sobre la frontera. Anexo de la Revista de Indias*, 4 (1990), pp. 119-162.

SÁNCHEZ PEDROTE, Enrique, “El Coronel Hodgson y la expedición a la Costa de los Mosquitos”, en *Anuario de Estudios Americanos*, XXIV (1967), pp. 1205-1235.

SOLÓRZANO FONSECA, Juan Carlos: “Los años finales de la dominación española (1750–1821)”, en PÉREZ BRIGNOLI, H. (ed.), *Historia General de Centroamérica*, Madrid, Siruela, 1993, III, pp. 13-71.

VIDAL ORTEGA, Antonino y ROMÁN ROMERO, Raúl, “De vasallos británicos a súbditos españoles. Los márgenes borrosos de los imperios en el Caribe occidental a finales del siglo XVIII y principios del XIX”, en *Temas Americanistas*, 40 (2018), pp. 161-187.